





# **TERTULIAS MAMBISAS**



# TERTULIAS MAMBISAS

VÍCTOR HERNÁNDEZ TORRES



Sociedad Cultural  
*José Martí*

Edición y corrección: *Yoanki Hernández González*  
Diseño y diagramación: *Ricardo Rafael Villares*

© Víctor Hernández Torres, 2025  
© Sobre la presente edición:  
Sociedad Cultural “José Martí”, 2025

ISBN 978-959-7156-29-1



**Sociedad Cultural**  
*José Martí*

SOCIEDAD CULTURAL “JOSÉ MARTÍ”  
Calle Calzada no. 807, entre 2 y 4, El Vedado, La Habana, Cuba

## PÓRTICO AL LECTOR

Esto no es un libro de historia. Aquí se mezclan la realidad y la ficción.

¡Cuántas anécdotas se narraban en las noches mambisas! Hombres y mujeres golpeados por la crudeza de la guerra y la vida en campaña se reunían alrededor de una hoguera. Podía ser en medio del monte, una montaña, un batey, a la orilla de un río y hasta en un potrero de la sabana. Cuerpos con huellas del último combate. Cansados y enfermos. Pies descalzos. Ropas raídas. Hambre perenne.

Allí, entre las llamas y el humo las décimas, acariciaban el alma. Los cronistas despertaban los cansancios con las leyendas de las guerras por la independencia (la Grande, la Chiquita y la Necesaria), que sanaban las heridas y borraban los rigores e infortunios, saciaban la sed y mantenían despiertos a los centinelas.

Vencidos por el cansancio dormían sobre un lecho de hierbas y piedras, cubiertos por un manto de estrellas, ajenos a las inclemencias del tiempo y las plagas de insectos.

Las narraciones recién escuchadas eran una coraza que sanaba todo.

Ojalá que este libro sea un blindaje cultural y que ayude a curar vacíos y desaciertos.

El autor



*A mi familia y amigos*

*Al soldado mambí desconocido*



## CONVERSIÓN DE TIRSAN

Inmenso el calor del verano. Planicies verdes donde pastan las reses. Por diferentes trillos llegan a galope los delegados de la región oriental y los camagüeyanos prestos a efectuar la primera gran reunión cubana, disfrazada de una tenida masónica, para iniciar la lucha por la independencia.

En la hacienda El Rompe los recibían con agua fresca del manantial. Sobre una mesa de madera servidos mangos, guayabas, frutabombas, anoncillos, raspadura, queso y cazabe.

De Manzanillo, Carlos Manuel de Céspedes, Juan Hall e Isaías Masó. Representan a Bayamo Belisario Álvarez Céspedes y Salvador Fuentes. Antonio Rubio por Holguín. Donato Mármol por Jiguaní. Vicente García González, Francisco Rubalcaba y Félix Figueredo por Las Tunas. Salvador Cisneros Betancourt y Carlos Loret de Mola por Camagüey.

Vicente García propone alejarse del Camino Real. Se trasladan hacia San Miguel.

Bajo la sombra del tupido monte se reúnen. En un inicio todos quieren opinar. Falta orden. Uno de ellos propone que la reunión debe ser dirigida por el de mayor edad. Todos están de acuerdo. Cada uno va diciendo cuantos años tiene.

Perucho rápidamente se va dando cuenta de que es el mayor de todos, pero sabe que Céspedes es el único capaz de ponerlos de acuerdo y el de más frenesí revolucionario. Pide perdón a Dios y miente sobre su edad. Carlos Manuel lo mira de reojo y asume la conducción de la reunión.

San Miguel de Rompe, Las Tunas,  
4 de agosto de 1868

## LA DEMAJAGUA

Ajetreo en el ingenio. Sudorosos los cuerpos e hinchados los corazones. Desde un improvisado pedestal, Céspedes arenga a sus espartanos. Enciende la llama. Da la clarinada. Los hace a todos hermanos. Brazos extendidos gritan himnos de libertad. Portan fusiles, revólveres, machetes, azadas, hachas, palos y todo cuanto sirva para combatir.

Un joven negro abraza a su abuelo y le dice:

—Taita, ya somos hombres libres.

El viejo le responde:

—Todavía, *mijo*. Falta mucha candela por dar.

10 de octubre de 1868

## EL PRIMER MÁRTIR

Fernando Guardia y Céspedes, el primer mártir de la guerra grande, devora la carne de res a medio salcochar. Ese almuerzo después de una ardua jornada es para la tropa un manjar. Dan la orden de partida.

Marcha entre los primeros. Jinete hábil y acostumbrado al trabajo en el campo. Una vieja escopeta cargada y alrededor de veinte cartuchos en las alforjas. En un bolsillo guarda una foto de su madre y, en el otro, la carta inconclusa al amor de su vida. El tropel de los acontecimientos no le había permitido terminar la misiva. Se promete terminarla esa noche cuando acampen.

A una legua del poblado se detienen. La lluvia, poca pero pertinaz, los ha empapado. Cansados y con frío anhelan descansar. Los enviados a explorar llegan con las buenas noticias de que el Capitán Pedáneo, máxima autoridad de la localidad, tiene pocos recursos militares y les ha permitido pernoctar en el lugar. Los insurrectos añoran techo y calor. El hombre quiere leche y café.

Unos cincuenta soldados españoles han salido de Bayamo hacia Manzanillo. Las tropas cubanas lo ignoran. Ambas fuerzas no saben que están predestinadas a chocar.

Los inexpertos combatientes entran descuidados a la plaza. Encontronazo inicial. La fuerza enemiga, organizada, realiza descargas cerradas. La oscuridad de la noche ayuda a los bisoños combatientes que con arrojo espartano responden con plomo. Después de las primeras andanadas de fuego se percatan de que sus cartuchos se han mojado con la lluvia: quedan indefensos ante una tropa entrenada, bien parapetada y con poder de fuego. Desconcierto y retirada desordenada.

El hombre trata de buscar algún cartucho seco. Selecciona con dificultad los menos mojados y trata de cubrir el repliegue de sus compañeros. Algunas municiones funcionan. Se bate a pecho limpio. Una bala le atraviesa el corazón. Levanta la vista hacia el cielo encapotado, que de pronto se ilumina con la luz de Yara que se pierde entre las montañas.

Yara, 11 de octubre de 1868

## SIN AMBICIONES

La hacienda amanece ajetreada. El dueño ha reunido a sus mayores, empleados y esclavos. Les informa que hace unos días en La Demajagua, Céspedes se había levantado en armas contra la metrópoli española y que había decidido secundar este grito de libertad para Cuba.

Todos gritan con pasión: ¡Viva Cuba libre!

Uno de los hombres se acerca a Francisco Vicente Aguilera y le sugiere:

—Oiga, si usted es quien ha estado todo este tiempo organizando la insurrección, es quien debe ponerse al frente de la revolución.

Aguilera con voz de ángel le responde:

—Mi única ambición es la independencia de Cuba.

Santa Ana del Cayojo, 14 de octubre de 1868

## FOGATAS

Céspedes en su campamento organiza las fuerzas para las próximas acciones de la naciente revolución. Llega un emisario con la información de que Aguilera se había levantado en armas en su hacienda Santa Ana del Cayojo.

El líder feliz exclama:

—Esta noticia de que Pancho se nos incorpora es trascendental para alcanzar la independencia. Enciendan fogatas que hay que celebrar.

Barranca, 14 de octubre de 1868

## MILICIANOS DE COLOR

Yo fui miembro de las milicias de color que defendían Bayamo cuando Céspedes la atacó. Era inminente el asalto insurrecto a la villa. Más de mil hombres mal armados asediando la localidad desde la otra orilla del río. Al amanecer se dividieron en tres columnas y avanzaron. Los españoles se atrincheraron en varios puntos fortificados de la ciudad. Uno de ellos era la cárcel que se encontraba frente a la plaza de armas, protegida por improvisadas trincheras resguardadas por nuestra milicia.

La avanzada insurrecta se movía por un estrecho callejón que desembocaba en la plaza de armas. Chocaron con la exploración nuestra. El que capitaneaba la vanguardia arremetió contra nuestras posiciones y cayó mortalmente herido sobre las trincheras. El ataque era desorganizado, pero lleno de arrojo. Fue entonces cuando el abogado Esteban de Estrada, viejo y enfermo, sobre su ágil corcel, se abrió paso entre el plomo y la pólvora. Con su diestra erguida penetró por medio de nuestras trincheras y con voz de cañón nos gritó:

—Muchachos, ¡uníos a los libertadores de la patria! ¡Viva Cuba independiente!

Los milicianos de color nos levantamos de las trincheras y dando gritos de ¡Viva Cuba libre! nos unimos al Ejército Libertador.

Bayamo, 18 de octubre de 1868

## CAPITULACIÓN

Las fuerzas cubanas copaban toda la ciudad de Bayamo. Tras duros combates habían caído prácticamente todas las posiciones enemigas. El gobernador Julián Udaeta permanecía atrincherado con alrededor de 500 hombres y 100 caballos en el cuartel de infantería. La esposa del gobernador, que era cubana, sabía que solo era cuestión de tiempo la inminente derrota y que en manos cubanas su marido preservaría la vida. Hizo llegar una misiva a su esposo explicándole la situación en la ciudad y la conveniencia de una rendición digna. El peninsular, después de leer la carta, con rostro que reflejaba tres días de duro bregar, llamó a uno de sus oficiales y le dijo:

—Dígale a Céspedes que se detienen las hostilidades y que mañana capitularemos.

Bayamo, 20 de octubre de 1868

## CAMAGÜEYANOS

El sol despuntaba en el este. Por un camino rodeado de potreros y palmeras, con los cuerpos mojados por el rocío, iban 76 camagüeyanos. Era la hora de secundar el grito victorioso de La Demajagua.

El viejo campesino que emocionado los vio pasar hacia el ingenio El Cercado le dijo a su compadre:

—Lo que va para la manigua es una manada de Betancourt, Agramonte y Varona.

El otro con voz de corneta le dijo:

—Y eso que ahí faltan el Marqués y don Ignacio.

Las Clavellinas, 4 de noviembre de 1868

## ¡AL MACHETE!

Disciplinada y confiada marchaba la columna española. No podían imaginar que la muerte los acechaba. Una emboscada esperaba por ellos. Hombres duchos en el manejo del machete aguardaban en ambos lados del camino, tirados en el suelo entre la espesa maleza. Faltaban pocos minutos para el mediodía. La quietud fue interrumpida por el desgarrador grito:

—¡Al machete!

Con una furia ciclónica, por los dos flancos, arremetieron los insurrectos con el filo cortante de sus machetes. La tropa enemiga diezmada huyó en desbandada. Sobre el camino yacían alrededor de doscientos muertos. En la retirada, varios lesionados con heridas de más de treinta centímetros.

Colgada en una cerca de alambres la clavícula de un oficial ibérico, cercenada de un tajo.

Pino de Baire, 4 de noviembre de 1868

## EL QUE FALTABA

El telegrafista avisaba nuevamente. Desde La Habana ordenaron la detención de varios conspiradores de Camagüey. Hacía una semana que la región se había levantado en armas.

Un largo beso de despedida. Mejillas de mujer amada bañadas de lágrimas. Esbelto sobre la montura partía el gallardo a la pelea.

Cuando el día se entregaba a la noche invernal, don Emilio Luaces Iraola, dueño del ingenio, recibía a los recién llegados. Estaba eufórico.

Un negro le preguntó al mayoral:

—¿Quién es ese señorito?

El mayoral le respondió:

—Ese es el abogado Ignacio Agramonte. Dicen que el Marqués lo espera en Sibanicú, para que ponga orden en las cosas de la guerra.

Ingenio El Oriente, 11 de noviembre de 1868

## PERROS ASUSTADOS

Oiga, compadre, nadie me lo tuvo que decir. Yo estaba allí.

Fíjate que Ignacio Agramonte me confió una carta para Amalia, su esposa, y fue cuando le escuché decir a su primo que había gente que vendría con propuestas que no le gustarían.

Te puedo decir que los jefes fueron llegando de uno en uno y el marqués de Santa Lucía esperó tranquilito a que llegaran todos los convocados.

El ambiente era muy pero muy tenso. La noche caminaba, pero el hombre se mantuvo paciente hasta que llegaron toditos.

Aquello se puso feo. Hasta palabrotas hubo y machetes *jalaos*.

Te cuento que Napoleón Arango y su hermano Arístides traían propuestas del conde de Valmaseda y defendieron deponer las armas.

El Marqués de manera enérgica les respondió:

—No debemos dejar abandonados a los patriotas orientales; ni mis compañeros ni yo cedemos mientras España domine Cuba.

Ya era casi medianoche y los claudicantes insistieron en sus posiciones y fue cuando Agramonte como un rayo les dijo:

—Acaben de una vez los cabildeos, las torpes dilaciones, las demandas que humillan; Cuba no

tiene más camino que conquistar su redención arrancándosela a España por la fuerza de las armas.

Oye, todos aplaudimos. Se acabó aquello. Los Arango se montaron en sus caballos y salieron a todo galope por la orilla de la línea del ferrocarril, como el perro asustado con el rabo entre las patas.

Las Minas, 16 de noviembre de 1868

## PRIMER CONATO

Tenso el clima en el campamento mambí. Céspedes había llegado con sus fuerzas para discutir con Donato Mármol sus exigencias y su decisión de autoproclamarse dictador. Todo esto azuzado por su hermano Eduardo Mármol y algunos oficiales descontentos con el gobierno y los últimos acontecimientos, entre los que destacan la reconquista de Bayamo por los españoles y la derrota del Salado.

Algunos propusieron ultimar a Céspedes cuando entrara al caserío. Pero la oportuna intervención de Gómez y Figueredo los convenció de que un magnicidio era un grave error.

Encerrados en una habitación los dos patriotas pasan horas de acaloradas discusiones.

Cuando el sol casi se perdía por el oeste, salieron y se reunieron con insurrectos y pobladores que impacientes esperaban el desenlace.

Donato, que levantó el brazo de Céspedes, gritó:  
—En Cuba no hay más jefe ni más autoridad superior que la de Carlos Manuel de Céspedes, general en jefe de nuestro Ejército Libertador.

Tacajo, Holguín, 29 de enero de 1869

## LA BANDERA

Los gritos de ¡Viva Cuba libre! estremecen el valle. Unos cinco mil hombres se reúnen para iniciar la lucha en la región central del país. Organizan las fuerzas y nombran su jefatura.

Alguien sugiere que deben buscar algún tipo de bandera. Eduardo Machado Gómez exclama:

—No hace falta buscar bandera alguna. Yo tengo aquí la de Narciso López. Este será nuestro estandarte.

Se escuchan voces de euforia.

El recién nombrado mayor general Carlos Roloff marcha al frente de su división hacia la zona de Malezas. En la vanguardia ondea la bandera de la estrella solitaria

Cafetal González, 7 de febrero de 1869

# CONSTITUCIÓN

Posiciones encontradas: Céspedes quería un gobierno centralizado para dirigir la guerra y Agramonte encabezaba el grupo que quería dividir el poder militar del civil. Céspedes, grande como siempre, sede. Discuten, debaten. Van dando forma a la constitución. Alguien consulta al Padre de la Patria sobre la edad mínima para ser presidente de la República en Armas y este le responde:

—La de Agramonte.

Guáimaro, 10 de abril de 1869

## FUSILADOS

Un grupo de expedicionarios, rodeados y sin municiones, son atrapados por el enemigo en medio del combate. Juicio sumario. Condenados a la pena de fusilamiento en masa.

Henry Reeve sabe que le ha llegado la hora final.

Pelotón listo. Orden de fuego. Descarga de fusilería. Lluvia de plomo sobre cuerpos indefensos. Gemidos de dolor. Sangre que salpica los árboles y empapa la tierra. Cadáveres sobre la hierba verde.

Un oficial ojea los masacrados y asiente con la cabeza la certeza de la muerte consumada. Tropa en marcha. Se alejan y la quietud vuelve a la campiña.

Un cuerpo que se mueve. Con mucho trabajo se incorpora. Sangran los cuatros orificios que han dejado las balas en su anatomía. Durante dos días deambula el neoyorquino por la manigua hasta que encuentra campamento mambí.

Las Calabazas, Holguín, 27 de mayo de 1869

## LA ESTROFA INMORTAL

La fiebre tifoidea abrazaba su cuerpo. Era tan precario su estado de salud que prácticamente no hizo resistencia al ser apresado por el enemigo. Juicio sumario al igual que a sus dos acompañantes. Aunque su estado físico era deplorable, sus ropas y calzado eran ripios por bregar en la manigua. Su dignidad se levantaba sobre sus captores.

Condenados a muerte por fusilamiento.

En la celda donde impávidos esperaban el final reciben la propuesta del Conde de Balmaseda de perdonarles la vida a cambio de que sirvieran como gestores de la paz ante sus hermanos de lucha. Respuesta digna.

Como no puede andar lo trasladan hacia el patíbulo montado en un burro.

Camino al matadero se congregan amigos y familiares que habían llegado a toda prisa desde Bayamo, y pobladores.

Alguien desde el público le grita:

—Perucho, ¡morir por la Patria es vivir!

El insurrecto esboza una sonrisa y alza su mano derecha en forma de saludo.

Santiago de Cuba, 17 de agosto 1870

## PUERCO CUBANO

Salimos temprano del campamento. Guillermo no dijo el rumbo. Caminamos varias leguas hacia el este. Cerca de un arroyo hicimos campamento para almorzar. Moncada nos informó que Gómez nos había dado la misión de eliminar al teniente coronel Miguel Pérez Céspedes y su guerrilla al servicio de España, que habían sembrado el terror en la zona de Guantánamo hasta Baracoa. Algunos nos preocupamos porque habíamos oído hablar del hombre desde que era *rancheador* y sabíamos que era protegido de los indios de Yateras. Por otra parte, su fama le venía por sangriento y diestro en el manejo del sable.

Con toda intención fuimos comentando con los moradores el motivo de nuestra presencia en la región. Al poco tiempo ya Pérez Céspedes sabía de nuestra intención.

En una vereda encontramos un cartel firmado por el teniente coronel retando a nuestro jefe. El propio Guillermón me dictó la respuesta que le dejamos al dorso de su mensaje.

Yo fui uno de los emisarios enviados a pactar el duelo con el traidor.

Moncada anduvo toda la noche dando filo a su paraguayo. Lo dejó como una navaja.

En medio de esas lomas se encontraron. Ellos eran más que nosotros, pero la orden de nuestro líder fue la de no combatir, que eso era cosa de ellos dos. Tengo que ser honesto y decir que aquel rufián con piel de indio llegó sereno y confiado. Como caballeros se saludaron y desearon éxito, dejando claro que el desafío era a muerte.

Las primeras arremetidas hacían temblar las piedras. Los aceros chispeaban como relámpagos y repiqueteaban como truenos. Mucho más ágil el joven mambí, pero ducho y astuto el viejo *rancheador*. Había algo de fango por las lluvias recientes, mas en el ajetreo fueron fraguando el barro. Aquello tuvo momentos que fueron cuerpo a cuerpo. Hasta piñazos se dieron. Nadie puede decir cuánto tiempo estuvieron peleando. Pero la lid duró horas. Ninguno retrocedía. Nunca dieron síntomas de miedo y rendición. Ambos bandos a la expectativa del desenlace. Nerviosos y ansiosos.

Recuerdo el instante en que levanté la vista y vi posarse en una mata de ceiba un tocororo. En ese mismo santiamén el quejido del herido que se tambaleaba mientras el oficial insurrecto lo macheteaba. El cuerpo destrozado yacía sobre el suelo empapado en sangre.

Los guerrilleros huían en desbandada y el ave tricolor levantaba su vuelo.

Lomas del peladero, Guantánamo, 26 de mayo de 1871

## VIVIÓ PARA CONTARLO

Con andar agónico y lesionado llega al cuartel de Sagua de Tánamo el oficial español. Es atendido en la enfermería. El hombre va recuperando los signos vitales. Después de estabilizarse es llevado ante el comandante de la guarnición, que en torno paterno le pregunta:

—Dígame, hijo mío, ¿qué ha sucedido?

Con la respiración todavía agitada, el peninsular cuenta:

—Soy de la escuadra de Guantánamo y estábamos asignados al cafetal La Indiana. Teníamos la misión de su cuidado, ya que sabíamos de la presencia de Gómez y sus hombres en la zona. La finca tiene una construcción sólida que utilizamos como fuerte y los alrededores protegidos con fosos y alambradas. Por otra parte, desde que llegamos construimos buenas trincheras. Hoy nos atacaron los insurrectos con Gómez al frente. Nosotros logramos repeler la caballería en su primer intento. Ellos volvieron a la carga y tuvimos que abandonar las trincheras y todos nos refugiamos en la casona. Desde el segundo piso los teníamos acribillados. Nos pasamos como dos horas a tiros limpios y le puedo decir que hicimos muchas bajas a los insurrectos. Luego otro pequeño grupo de mambises volvió a

la carga y los diezmamos casi a todos. Uno de los Maceo quedó herido o muerto.

»Parecía que los mambises se replegaban, pero no fue así. Volvieron con una furia increíble. No pudimos frenarlos y tomaron la planta baja de la edificación. Nosotros arriba resistiendo. Le prendieron fuego a la casa. Nos conminaron a la rendición y nos negamos. El humo y las llamas hacían insoportable aquello. Yo me acerqué a una ventana y salté. Por eso tengo la pierna inflamada debido al golpe de la caída. Ellos me vieron y me hicieron algunos disparos. Pero estaban centrados en los que aún defendían la segunda planta.

»Logré escabullirme y con las pocas fuerzas que me quedaban me pude alejar del lugar. Me detuve en una pequeña elevación del monte y pude ver toda la finca devorada por el fuego. De los nuestros no quedó nadie vivo, solo yo para contarlo.

Cafetal La Indiana, 12 de agosto de 1871

## LA FURIA

Los dos hombres a caballo llegan a las ruinas de la antigua finca. El más joven baja con la agilidad de un diestro vaquero y ayuda al anciano a desmontarse de su cabalgadura.

Al octogenario le brillan los ojos. Recorre con su mirada toda el área que lo rodea. Su rostro denota satisfacción. Con voz suave expresa:

—Gracias, mi nieto, por traerme.

El muchacho rebosado de cariño le contesta:

—Abuelo, no es ningún trabajo traerlo. Pero ahora usted me dice por qué quiso venir a este sitio.

El viejo responde:

—Mira, muy cerca de aquí encontrarás el potrero de Consuegra. Ahí acampamos. El Mayor dijo que nadie podía salir del campamento, pero el brigadier Sanguily no respetó esa orden y se fue con su escolta para el Rancho en la finca Santo Domingo donde teníamos una enfermería. Allí fueron sorprendidos por una tropa española. El brigadier estaba desayunando en paños menores, porque le habían lavado las ropas. Trataron de escapar, pero fue imposible. Como estaba casi desnudo lo vistieron con uniforme del ejército español. En la marcha hacia Camagüey su escolta logró escapar y nos avisó en el

campamento. Debo decirte que Agramonte se encabronó ya que hacía tiempo había alertado a Sanguily que en una de sus salidas iba a caer en manos del enemigo. Pero sin perder tiempo eligió a sus mejores hombres y fue a rescatar a nuestro oficial.

»Aquí mismo donde estamos parados ahora tú y yo, estaba la fuerza peninsular tomando agua de ese pozo. Nuestras fuerzas entraron por allí, como un remolino, a machete limpio. Atravesando con furia la columna enemiga de lado a lado. El brigadier, como estaba vestido de soldado, gritó ¡*Viva Cuba libre!* para que lo pudieran identificar. En eso su custodio le disparó, provocando una herida en la mano, y cuando fue a matarlo de un machetazo, le arrancaron la cabeza. En la grupa de un caballo se llevaron a Sanguily y por aquel palmar se fueron los nuestros.

—Abuelo, ¿y usted qué pinta en toda esa historia?

—¡Caramba, mi nieto! Yo estaba entre los treinta y cinco jinetes seleccionados por el Mayor, y aunque nunca salga en los libros de historia, fui yo quien le arrancó la cabeza al soldado que iba a ultimar a Sanguily.

Finca La Esperanza, Camagüey, 8 de octubre de 1871

## YAYA

Casi a sus ochenta años andaba Yaya Palma por la manigua cubana. Junto a su hijo Tomasito se había levantado contra la colonia. En los campamentos hacía de todo. En los improvisados hospitales de campaña su voz y sus manos curaban a los enfermos y heridos. Era una patriota entera.

Su hijo andaba en funciones de la cámara de la República de Cuba en Armas. Ella en sus menesteres se había quedado en un rancho, acompañada de unos pocos hombres y mujeres.

Los españoles los asaltaron. Hicieron prisionera a la mujer. Ella firme como las rocas. Se la llevaron presa atada de manos y tirada por un jinete. Sin llantos, sin súplicas a sus captores. Al tercer día no podía andar. Aquellos asesinos la dejaron sola en el monte para que acabara de morir. Hembra guerrera. Casi a rastras deambuló por la manigua durante varios días, comiendo y bebiendo lo que apareciera. Se reclinó en un árbol de la vereda a esperar tranquila la muerte. Un paisano que pasaba la encontró moribunda y la llevó al campamento mambí.

Al poco rato llegó su hijo. La abrazó y besó con ternura. En sus brazos murió.

Cauto Embarcadero, Oriente, 1873

## JIMAGUAYÚ

Temprano por la mañana en el Conservatorio Yucateco de Música en la Ciudad de Mérida braman las paredes con la voz de la virtuosa soprano. El cura de la Iglesia se detiene embobado para escuchar la gran aria “Casta diva” de Bellini. La intérprete recibe el aplauso de sus alumnos. Va a por un vaso de agua. Lo bebe tranquila. De pronto, ve reflejada la imagen de su amado en el fondo de la vasija. Lo deja caer. Su cuerpo estremecido le anuncia la desgracia. Corren lágrimas. Pecho apretado. Lo guarda para ella. Regresa a toda prisa a la casa. Se tiende aturdida sobre la cama. Los niños corretean. ¡Ay, Dios, ¡qué será de mi Ignacio!, se le escucha gritar a Amalia.

11 de mayo de 1873

## RENEGADOS

Sobre las tres de la tarde, Gómez es avisado de que una fuerza de alrededor de dos mil hombres se dirige al campamento mambí. El dominicano organiza la respuesta y prepara la emboscada. En los preparativos, Martín Castillo le pregunta:

—Mi general, ¿qué persigue usted con hacer caer en una trampa a la vanguardia, que es de solo ciento cincuenta hombres y la mayoría del enemigo se concentran luego?

—Castillo, esa vanguardia es de guerrilleros, es decir, de cubanos traidores, y esos renegados merecen la muerte.

Después de la batalla los españoles huyen hacia Jobabo. En el campo de las acciones bélicas yacen más de cien muertos.

La Sacra, 9 de noviembre de 1873

## DIGNO RIVAL

Los acontecimientos de la guerra tenían preocupado al teniente coronel Vilches. Las fuerzas cubanas ganaban terreno y los informes de inteligencia hablaban de una posible invasión a Las Villas. Fuentes confiables habían informado de la presencia de uno de los exploradores de Vicente García en la zona. De manera ágil y certera detuvieron al hombre. El objetivo era saber dónde el tunero había escondido el botín obtenido durante la toma del fuerte de la Zanja.

Presionaron al detenido y lo amenazaron con ahorcarlo. El reo continuaba sin colaborar. Improvisaron una horca en el portal de la rústica tienda. Para ganar tiempo, el prisionero confesó el sitio del primer entierro en Guaramanao. Ávidos partieron los españoles hacia el lugar. En el trayecto se cruzaron con la señorita Ramos, el peninsular quedó impresionado con la belleza de la cubana. No podía imaginar que la mujer era agente mambí y que iba a avisar a Gómez la intención de la tropa enemiga.

Llegaron al lugar del enterramiento del botín. Para su estupefacción, los huecos recién removidos mostraban que el anhelado trofeo había estado guardado allí como afirmaba el insurrecto

en su poder. Maldiciendo y arrojando palabrotas ordenó regresar. Era menester hacer campamento en un lugar más seguro y partieron hacia San Rafael.

Sobre las cinco de la tarde atravesaban la inmensa sabana. La quietud fue interrumpida por el estampido de los disparos. Sereno, el teniente coronel le ordena al jefe de su vanguardia que persiga a los atacantes que iban en retirada y le comenta a su ayudante:

—Esos son cuatros gatos que andan desperdigados por estos lares.

Desde su cabalgadura observaba la persecución. Pudo ver cómo su avanzada era envuelta por una carga de caballería que diezmó a sus hombres. Se sintió engañado. Sabía que había caído en una trampa. Aquello había que remediarlo y dispuso que la caballería y la infantería fueran al rescate de sus efectivos.

Admiró la destreza con que los cubanos sortearon las cargas de fusilería. Su asombro fue mayor al ver emerger de la manigua una poderosa fuerza insurrecta. Hizo lo imposible por organizar la defensa. Un lazo de balas y machetes los fue envolviendo. El empuje mambí destrozaba a sus soldados. En un último intento trata de organizar el repliegue. Es imposible. Hay desorden total y la mayoría corren despavoridos por la ensangrentada llanura. En alrededor de media hora el batallón de Valmaseda había quedado despedazado.

Hombre de hidalguía a toda prueba, intentó una última carga con sus ayudantes. Fueron acribillados. Las balas lo abatieron junto a su

caballo. Corrió la misma suerte que los más de quinientos de sus huestes que perecieron en la batalla.

Gómez fue hasta donde yacía el bravo ibérico y mirando a Baldomero Rodríguez le dijo:

—Ese oficial joven y esbelto fue un digno rival.

Palo Seco, Jobabo, 2 de diciembre de 1873

## CAMAGÜEYANOS Y ORIENTALES UNIDOS

Desde hacía unos días había llegado el general Gómez a Camagüey. Venía a sustituir a mi difunto jefe, el general Agramonte. A mí no me gustaba mucho que se hacía acompañar de fuerzas de Oriente. Yo decía en esa época que con los camagüeyanos y los villareños nos sobrábamos para invadir Las Villas. Pero donde manda general no manda soldado.

Yo por si acaso, tranquilo con mi gente de la caballería. Los orientales que conformaban la infantería también en su lugar. Cada pollo en su corral.

Nos avisaron que desde Guáimaro había salido una columna con unos dos mil soldados a nuestra captura.

Gómez, quieto en el campamento, preparó el recibimiento allí mismo en el potrero. Aquello parecía un juego de ajedrez. Nos ubicó en los lugares exactos. No quedó nada desprotegido. Cuando entró la caballería española, aquello se puso bueno. Pero Gómez, astuto como siempre, los envolvió y, a machetazos limpios, los hizo retroceder hasta donde la infantería enemiga formaba sus cuadros. Los panchos cerraron el cuadro a plomo limpio. Casi detienen nuestra embestida, pero los orientales cargaron con

una bravura desmesurada y los partieron en dos grupos.

En ese ajeteo una bala me hiere en la cabeza. Recuerdo como un golpe y algo de mareo. Me desplomé de mi cabalgadura. Sentía un raro olor a sangre y pólvora. La vista nublada. Hombres y caballos corrían a mi alrededor. Alaridos de dolor, voces de mando y gritos de combate. Pude distinguir vagamente al oficial ibérico que levantaba su bayoneta para rematarme. Sin fuerzas esperé el desenlace. El hombre cae a mi lado anegado en sangre. Oigo una voz de mando que ordena sacarme del lugar. Me arrastran hasta el fondo del potrero. Me desmayo.

Despierto un rato después sobre una improvisada camilla. La cabeza vendada me duele. Un negro oriental semidesnudo y sin dientes se me acerca y dice:

—Pensamos que no iba a despertar en todo el día. Pero tranquilo, que los españoles se retiraron para el otro lado del arroyo y les causamos más de trescientas bajas.

Cuando se marchaba, me dijo:

—Cuando usted se encuentre mejor, vaya donde el general Antonio Maceo y le agradece, que fue quien le salvó la vida.

Camagüey, 10 de febrero de 1874

## LA EMBOSCADA

Del campamento donde hace vida el gobierno de la República en Armas sale sigiloso un emisario en horas de la noche. Entrega un sobre secreto en el poblado El Cobre.

Varios días después las cañoneras Alarma y Cuba Española atracan en la playa Sevilla y desembarcan a los Cazadores de San Quintín.

Escalan la sierra y rodean el poblado. La voz de alarma. Un hombre en fuga y sin miedos dispara a los atacantes. Ágil el sargento que lo alcanza al borde del barranco y lo abate a quemarropa.

Por el precipicio rueda el cuerpo sin vida del Padre de la Patria.

Traición consumada.

San Lorenzo, 27 de febrero 1874

## UN DESASTRE

Impaciente el general Báscones en el cuartel de caballería en la ciudad de Camagüey, no tenía noticias de la fuerza de tres mil efectivos al mando del general Armiña que habían salido a interceptar las fuerzas de Máximo Gómez en el sur del territorio. Cuando le avisaron de la llegada del Mulato, guía de las fuerzas españolas, fue a su encuentro en el patio. Se encontró con un hombre destartado. La ropa raída y los zapatos destrozados. Todo el cuerpo con evidencias de rasguños y heridas. Recostado a una mata de mangos bebía agua desesperadamente.

Cuando vio al oficial, con mucho trabajo para poder articular las palabras, le dijo:

—Hay que apurarse, mi general. Los mambises están masacrando a la tropa de Armiña.

—Se calma y me explica bien.

—Mire, nos encontramos con Gómez. Los insurrectos nos estaban esperando y caímos en su juego. Coparon nuestras fuerzas. Llevan tres días dándonos leña en ese cerco. Tenemos muchas bajas. Son tantos nuestros muertos que los estamos quemando. Falta agua, hay un calor terrible en aquella sabana y la plaga de mosquitos es infernal. Estamos resistiendo, pero nos

fustigan constantemente. Si no llega refuerzo los van a liquidar a todos.

Sin tiempo que perder, el peninsular alistó una columna de mil setecientos soldados y partieron por el camino hacia Vertientes. Durante el trayecto fue hostigado varias veces. A pesar de las bajas y constantes escaramuzas, logró penetrar el cerco. El panorama era desolador. Jamás había visto una columna tan depauperada. Organizaron la defensa. Al amanecer, a fuego y plomo lograron romper el perímetro y regresaron a Camagüey.

En la entrada de la ciudad los lugareños se congregaron para ver pasar los restos diezmados de la tropa. El cura corrió a su encuentro y con cara de pasmo le preguntó:

—¿Muchas bajas?

—Más de mil. Fue un desastre, padre —contestó Armiña con desgano.

Las Guásimas, Camagüey, 15-19 de marzo de 1874

## LA ESTIRPE

A las 07:00 horas inició el ataque al poblado por fuerzas del Ejército Libertador bajo el mando superior del mayor general Máximo Gómez. Por los flancos, las tropas del mayor general Vicente García y el brigadier Antonio Maceo entre otros jefes.

Los españoles se atrincheraron en el fuerte y los mambises quedaron dueños del pueblo, cuyos establecimientos fueron saqueados.

Gómez ordena el asalto al fuerte. Las fuerzas insurrectas hacen varios intentos, los sitiados se defienden con tenacidad. Mueren varios atacantes.

Después del intento fallido de la toma del fuerte, las columnas cubanas se retiraron por los potreros en busca de la protección natural de la manigua. El mayor general Vicente García durante la retirada se encuentra con Antonio Maceo. El mulato está sentado en la barranca del río. Por sus mejillas corren lágrimas. El tunero se baja y se funde en un abrazo con el brigadier y le susurra al oído:

—Siento mucho la muerte de tu hermano Miguel.

Cascorro, 18 de abril de 1874

## SEDICIÓN

Tenso el ambiente en las ruinas del antiguo ingenio azucarero. Las fuerzas orientales concentradas en el lugar estaban reacias en partir hacia Las Villas. Presurosos entran al campamento mambí el doctor Miguel Bravo Sentiles, jefe de la secta secreta Los Hermanos del Silencio, cuya finalidad era reponer a Céspedes en el poder y, tras la muerte del Padre de la Patria, pretendió vengar su muerte. Lo acompañaba el mayor general José Miguel Barreto. Son recibidos por Vicente García en su improvisado despacho. Le entregan la propuesta de un manifiesto. Lo discuten y al final el general tunero les brinda todo su apoyo.

Convocan una junta de oficiales. Senties dio lectura a las propuestas que ya traía redactadas: exigió la deposición del presidente Salvador Cisneros; nombrar un gobierno provisional; la disolución de la Cámara; la celebración de nuevas elecciones; la revisión y enmienda de la Constitución de Guáimaro y la creación de un sistema parlamentario bicameral.

El teniente coronel Juan Rius Rivera y algunos oficiales protestaron airadamente, pero la mayoría se puso del lado de los sediciosos.

Un joven oficial comenta a su compañero:  
—No me gusta el rumbo que está tomando la guerra.

El otro le responde:  
—Desde la destitución de Céspedes el rumbo de la revolución anda rodando por un barranco.

Laguna de Varona, Las Tunas, 26 de abril de 1875

## CONDUCTA

El Marqués de Santa Lucía en un acto de valor personal fue hasta el campamento de los sediciosos, sin escolta, solo acompañado por Bartolomé Masó, Ignacio Mora y uno de sus ayudantes. El general Vicente García no lo recibió. Encargó a otros oficiales atender al presidente de la República en Armas.

Alguien perteneciente a la organización Los Hermanos del Silencio propone aprovechar la ocasión y asesinar al mandatario.

El León de Santa Rita exclama:

—Estoy en contra de su labor como presidente, pero no voy a permitir el asesinato de un patriota.

Guaramanao, Las Tunas, 27 de abril de 1875

## MISERIAS HUMANAS

La presencia de Gómez en Las Villas había permitido organizar las fuerzas insurrectas y consolidar la lucha en la región. Los resultados permitían ir pensando en invadir el resto del occidente de la isla. El peor enemigo del general en jefe no eran los españoles. Por desgracia, los egoísmos y regionalismos de la oficialidad villareña hacían imposible la conducción de aquellas fuerzas. Se hizo insostenible la permanencia del Generalísimo en la zona. Es por eso por lo que entrega el mando de las fuerzas al general Carlos Roloff.

Parte triste y cabizbajo el dominicano hacia el este.

Uno de sus ayudantes lo escucha escupir la frase:

—¡Malditas miserias humanas!

Las villas, 10 de octubre de 1875

## LOS 10 DÓLARES

—Oiga, mi compadre, después de una reunión donde se gestionaban fondos para la causa cubana, presidida por don Francisco Vicente Aguilera, yo me acerqué al hombre. Se me partía el alma ver a ese patriota que en su tiempo era el hombre más rico de Oriente con dos parches en los fondillos de sus pantalones y le dije: *Don Francisco, con todo el respeto que usted se merece y el cariño que yo le tengo, tome estos 10 dólares para que se pueda comprar dos mudas de ropa.*

»Oiga, el hombre no quería, pero yo insistí hasta que, por fin, colorao de la vergüenza, aceptó el dinero.

—¿Y se compró la ropa?

—No, compadre. El muy patriota donó los 10 dólares para la causa.

Nueva York, 1876

## EL INGLÉSITO

Lo puedo contar mejor que nadie porque yo era su ayudante. El combate era desigual. Henry Reeve ordena la retirada y, mientras cubría a su tropa, recibió primero una herida en el pecho y después otra en la ingle. Derribado del caballo, recibió otra en el hombro y, cuando el enemigo mató su caballo sin el cual no podía valerse, yo le ofrecí otra bestia, pero la rechazó y me ordenó que me retirara porque me iban a matar. Lo vi cómo siguió defendiéndose con un machete en la mano y en la otra un revólver hasta que, consumidas sus fuerzas y ya sin municiones, se dio un tiro en la sien para no caer vivo en manos del enemigo.

Yaguaramas, Matanzas, 4 de agosto de 1876

## EL MILLONARIO

En el féretro los restos flacos y anémicos marcados por el hambre y la miseria. El cáncer de garganta le arrebató la vida. Vestido con ropa desteñida por el tiempo y zurcida por manos amorosas. Zapatos rotos. El frío congela el cadáver.

Alguien pregunta quién es el difunto.

Un patriota cubano que no se cansa de llorar ante el ataúd le responde:

—Ahí usted tiene a Francisco Vicente Aguilera, uno de los hombres más ricos de Cuba, nuestro vicepresidente de la República en Armas y, sobre todo, un patriota.

Nueva York, 22 de febrero de 1877

## LA OTRA SEDICIÓN

Oye, yo soy negro, pero no soy ciego ni sordo, y por eso puedo afirmar que cuando el venezolano y el francés llegaron donde mi general Vicente García, él les dijo que todavía tenía el sabor amargo de Laguna de Varona en la boca. Que estaba de acuerdo con ellos en muchas cosas, pero no los iba a secundar y que tampoco entorpecería su movimiento.

Cuando salían a reunirse con las tropas el general le dijo al francés:

—Peissot, repítame el nombre que quieren dar a la nueva república.

El gallo respondió:

—República Federal Socialista.

Santa Rita, Camagüey, 11 de mayo de 1877

## AUTORIDAD

Sin más armas que su valor y estatura moral llegó el brigadier Antonio Maceo al campamento del teniente coronel Limbano Sánchez. Este oficial mambí estaba influido por el movimiento sedicioso y había cuestionado su autoridad.

Limbano fue a recibirlo y en tono agresivo lo amenazó con dispararle a la cabeza si no obedecía la orden de alto.

Tranquilo bajó de su caballo y cruzó los brazos sobre el pecho y le dijo de manera contundente:

—¡Haz fuego, cobarde! ¡Haz fuego, que vas a matar a un hombre!

El teniente coronel bajó el revolver.

Maceo fue y lo abrazó.

Holguín, 11 de mayo de 1877

## TITÁN

El sofocante calor del verano arrojaba al campamento mambí. La posta en busca de la sombra del monte espeso dejó desprotegido el camino que iba hasta Holguín. Por eso no percibieron a los exploradores españoles. El factor sorpresa ayudó a los peninsulares en el inicio del combate. El general Gómez, sin perder la cordura, organiza el contraataque.

La caballería insurrecta intenta romper las líneas enemigas. Desde la maleza los fusileros españoles resisten bravíamente. La caballería retrocede. El brigadier Antonio Maceo se incorpora al grupo de jinetes y al grito de *¡Viva Cuba!* arremete contra el enemigo. Desde la espesura del monte centran los disparos contra quien comanda la arremetida. La descarga alcanza su cuerpo. El hombre cae de su cabalgadura. Rueda sobre la hierba empapada en sangre. Ocho tiros han alcanzado su anatomía.

Un oficial, creyéndolo muerto, exclamó:  
—¡Murió la revolución en Cuba!

Mangos de Mejía, 7 de agosto de 1877

## SIN MIEDO

Cuando el sol se pierde por el oeste, el comandante González regresa al campamento. Había salido la noche anterior a buscar provisiones. Se encuentra un espectáculo espeluznante: desperdigados sobre toda la planicie los cuerpos sin vidas de doscientos sesenta españoles.

Se dirige a Maceo:

—Pero, mi general, si yo me fui con el grueso de la tropa y ustedes se quedaron alrededor de cuarenta hombres. ¿Cómo fue posible este panorama que estoy viendo?

Maceo sin inmutarse le contesta:

—Esto se hizo sin miedo y a machete limpio.

Juan Mulato, San Luis, 4 de febrero de 1878

## EL DUELO

Durante casi ocho horas los treinta y ocho mambises comandados por el brigadier Antonio Maceo se han enfrentado con éxito a una fuerza de trescientos efectivos del Batallón Cazadores de Madrid comandados por el teniente coronel Ramón Cabezas.

Sobre el campo de batalla yacen más de doscientos cadáveres de los peninsulares.

Cuando el sol se pierde en el horizonte, el jefe español trata de organizar la retirada de los pocos elementos que restan de su tropa.

Maceo ordena interceptarlos y abatirlos. Los mambises con los bríos de la aplastante victoria los apabullan nuevamente. El jefe peninsular trata de reorganizarlos, pero el empuje insurrecto es abrumador. Se da cuenta de que han perdido y trata de huir.

El capitán Valentín Consuegra, de la escolta de Antonio Maceo, le dice a su jefe:

—Quieto, mi general, que ese gallo yo lo voy a desplumar.

Sale a toda prisa y alcanza al oficial enemigo. Se desmontan de sus caballos y se baten.

Duelo relámpago. Con destreza el criollo lo machetea.

Juan Mulato, San Luis, 4 de febrero de 1878

## CUATROS GATOS

Amanecía en el oriente cubano. Era el quinto día de combates incesantes. El plomo y el machete insurrecto habían abatido al famoso Batallón de San Quintín. Solo quedaba un reducto que se defendía con agonía. Al grito de "*San Quintín muere, pero no se rinde*", los ibéricos esperaban la embestida final. La fuerza mambí presta a dar la carga definitiva. Toques de cornetas rompen la quietud de la alborada, anuncian el arribo de otra columna que viene en socorro de los sitiados. Las tropas cubanas, que ya habían destrozado al batallón enemigo, deciden retirarse.

Al frente del refuerzo los oficiales general Juan Salcedo y el teniente coronel Valenzuela.

El general, al ver es estado en que habían quedado los españoles, interroga a su jefe el coronel Pascual Sanz Pastor.

—¿Pero, dígame, coronel, ¿cuántos efectivos tenía esa tropa enemiga que acabó con un batallón de casi trescientos soldados y solo nos han quedado veinticinco hombres?

—General, ellos no eran más de cien combatientes.

—¿Cómo es posible que cuatro gatos nos aniquilen de esa manera?

—Lo que pasa, mi general, es que al frente de esos cuatro gatos estaba Antonio Maceo.

San Ulpiano, San Luis, 7 de febrero de 1878

## RENDICIÓN

Agitación en el viejo cuartel español. Los miembros del llamado comité del centro y sus escoltas descansaban en las afueras, a la sombra de los árboles que bordeaban el camino. Un rato después, con pompa imperial, llegó la columna del general Arsenio Martínez Campos. Saludos y abrazos de los que hasta ayer fueron encarnizados enemigos. Sobre una larga mesa se disponen comestibles y vino tinto. Eufórico el oficial español. Sin pérdida de tiempo firman el documento. Hay aplausos. Brindan por la paz.

Una mujer embarazada que contempla el espectáculo le dice a su vieja madre:

—Por fin tenemos paz, mi viejuca.

La anciana le responde:

—No jodas, hija mía. Esto no es la paz. Esto es rendición.

El Zanjón, 10 de febrero 1878

## MANGOS DE BARAGUÁ

Hacia el Camino Real de Cuba se dirige la comitiva. Rostros fríos. Cuerpos sin ánimo. Almas sin fuerzas. Una ligera brisa recuerda las agonías de marzo. El ayudante se acerca al general Martínez Campos y le alcanza una cantimplora con agua. Bebe ávidamente el peninsular. Luego detiene la marcha de su caballo y gira la mirada hacia la profundidad del valle. Aún se divisan los Mangos de Baraguá. Mueve la cabeza y masculla:

—¿Qué *cojones* tiene ese Maceo?!

15 de marzo de 1878

## EL LOCO

Palabras de elogio al virtuoso violinista cubano Rafael Díaz Albertini. Reconocimiento a la grandeza del nacido en el cálido Caribe. Se van desbordando las pasiones del genial disertante. Desde el estrado del Liceo de Guanabacoa brota el verbo encendido. Oratoria con el frenesí de una carga al machete. Cuando concluye, los aplausos estremecen todos los rincones de la villa de Pepe Antonio.

El capitán general de la Isla de Cuba, Ramón Blanco Arenas, sale de prisa. En el portal se detiene y dice a los funcionarios del gobierno que lo acompañaban:

—No quiero recordar lo oído.

De manera brusca sube al coche que lo espera.

El calesero cuenta que lo escuchó decir al Marqués de Peña Plata:

—Martí es un loco, pero un loco peligroso.

27 de abril de 1879

## CONTINUIDAD

Serio y con paso firme sale al patio de la casona de la finca el esbelto Belisario Grave de Peralta. Se abraza a su familia. Los mayores lo acompañan. De nuevo viste sus grados de brigadier del Ejército Libertador. Llantos de mujer. Se pierde por las curvas del camino erguido como una palma sobre su caballo negro. Reunidos unos doscientos hombres. Veteranos y bisoños.

El coronel Cornelio Rojas se le acerca y le dice:

—Mi general, sabíamos que usted no le fallaría a la patria.

Con sus ojos iluminados le dice:

—No olvide, coronel, que yo estaba con Maceo en Baraguá.

Río La Rioja, Holguín, 24 de agosto 1879

## LOS PÉREZ

Las fuerzas mambisas atacan con ímpetu. Los españoles se rinden. Se toman los fuertes de El Vínculo y Burenes. Los insurrectos se apoderan de armamentos y pertrechos de guerra.

Uno de los prisioneros le pregunta al mambí que los custodia:

—¿Ese que los comanda es Periquito Pérez, el comandante militar de Palma de San Juan?

El combatiente cubano le responde:

—Ese que nos capitanea es el más Pérez de todos los Pérez.

Guantánamo, septiembre de 1879

## LA RETIRADA

Enfermos, sin zapatos, casi desnudos y carentes de parque merodean los hombres de la fuerza expedicionaria en busca de las huestes cubanas que operan en la zona. El hambre es un perenne compañero. Los pies sangran y las gargantas secas. Tener al general Calixto García como timonel es un aliento infinito para continuar. Los sorprende la emboscada enemiga. Se baten estoicamente. El poder del fuego enemigo los supera. Los envuelven por todos los flancos. Es inminente que los harán prisioneros. Calixto ordena la retirada. El capitán italiano Natalio Argenta le dice al comandante Varona:

—Comandante, el general no puede caer en manos enemigas. Deje que se alejen. Los que estamos aquí nos inmolamos.

El pequeño grupo resiste la embestida con las pocas municiones que le quedan. Cuando se quedan sin balas, lanzan piedras y palos a sus oponentes. Terminan combatiendo cuerpo a cuerpo. La superioridad numérica de los soldados prevalece. Son detenidos.

El pequeño grupo al mando del general Calixto García se escabulle por el monte.

Los Diablos, Sierra Maestra, Oriente, 6 de julio de 1880

## DIGNIDAD EN EL PAREDÓN

El brigadier Pío Rosado, el capitán italiano Natalio Argenta, Félix Morejón y Enrique Varona, descalzos y vistiendo harapos, se encontraban frente al pelotón de fusilamiento. Sus cabezas en alto hacían brillar su hidalguía. Antes de las descargas, Argenta proclamó con voz potente:

—¡Viva la República Universal!

Y con mayor fuerza respondió Pío Rosado:

—¡Viva Cuba libre, capitán!

Bayamo, 7 de julio de 1880

## FRACASO

Después de varios intentos, la pequeña columna desembarca por el Aserradero en la zona de Santiago de Cuba. No pueden hacer contacto con las fuerzas revolucionarias que operan en la región. Las fuerzas españolas los persiguen y acosan tenazmente. Las noticias de la contienda no son buenas. Hay desunión y desmotivación en las fuerzas insurrectas. Diezmados por la fiebre y el hambre van los expedicionarios. Deambulan por los montes descalzos. El general Calixto García comprende que marchan hacia una muerte segura. Piensa en sus soldados. Decide capitular.

El general Blanco, ante quien son conducidos, al ver el estado deplorable de aquellos hombres, enfermos y semidesnudos, le ofrece al general mambí dinero para que se puedan avituallar. El holguinero le responde:

—No lo podemos aceptar. Con la humillación de la rendición basta.

Bayamo, 3 de agosto de 1880

## ENVENENADOS

Los valerosos combatientes desembarcaron por Playa Caleta en Baracoa. Durante el azaroso arribo se habían dividido en dos grupos. Luego las desventuras para lograr el reencuentro. Combates desiguales con las fuerzas españolas.

A pesar de la valerosa entereza frente al enemigo, los insurrectos fueron muriendo en combate, asesinados o condenados a prisión.

El mayor general Limbano Sánchez y el brigadier Ramón González habían logrado romper el cerco enemigo. Buscaron el refugio de manos amigas. En la zona de Mayarí fueron hasta la finca del compadre de Limbano para recomponer fuerzas y reorganizar la lucha.

Uno de sus contactos en Mayarí fue hasta la finca a buscarlos.

Cuenta que cuando se acercó pudo ver el festín y el alboroto por la muerte de los dos patriotas; que desgraciadamente llegó tarde, ya que el compadre de Limbano era informante de los españoles; y que el traidor, para asesinarlos, les puso veneno en el café.

Cayo Rey, Santiago de Cuba, 28 de septiembre de 1885

## EL ASESINO

Puntual, como siempre, llegó Vicente García al almuerzo que le ofrecía el comerciante español Ramón Dávila. A pesar de las alertas de su esposa, Brígida Zardival, había aceptado la invitación del peninsular. Muy atento a cada movimiento su fiel criado, el negro Teno. Todo ocurrió normal y sin nada sospechoso. El tunero elogió el quimbombó que le brindaron. Días después iniciaron los estragos del vidrio molido en los intestinos del general mambí.

Tras varias semanas de agonía, falleció.

El negro Teno movió tierra y cielo para ajusticiar al espía español, pero no pudo encontrarlo. Asustado, el comerciante logró embarcarse en una goleta.

El asesino dormía en su camarote. Pudo sentir en la penumbra de la noche la respiración agitada del León de Santa Rita, que machete en mano lo observaba. Saltó de la litera y su cuerpo sintió el abrazo infinito del agua, mientras la nave se hundía en las profundidades del mar.

Río Chico, Venezuela, 4 de marzo de 1886

## EL ALMA DE CUBA

Durante una fiesta patriótica en conmemoración del Grito de Yara, los tabaqueros y otros jornaleros cubanos de la comunidad de emigrados de Tampa donaron el salario de un día de trabajo para los fondos de la revolución. Ese día también se pidió una contribución para ayudar al costo de una operación que tenía que hacerse en la vista la patriota villareña Carolina Rodríguez. Todos los presentes aportaron algo para ayudar a la digna mujer.

Carolina estaba presente, se puso de pie y tras un prolongado aplauso dijo:

—Yo, ciega y sin trabajo, no puedo contribuir como mis hermanos, pero la cantidad recolectada para mi curación la cedo para la adquisición de armas y municiones para libertar.

West Tampa, 1894

## DISCIPLINA

Después de recibir la orden de alzamiento enviada por José Martí, el matancero Juan Gualberto Gómez se encarga de hacerla llegar a todas las regiones del país.

El emisario enviado al oriente cubano fue el joven Tranquilino Letapier.

Cuenta Letapier que cuando le fue a transmitir a Bartolomé Masó la orden de alzamiento, él mismo lo interrumpió y le dijo:

—Comuníquesele primero al general Moncada, y vuelva por aquí con lo que él ordene.

El joven intenta replicar y Masó lo vuelve a interrumpir y le dice:

—El general Moncada es el superior jerárquico ahora mismo en esta zona, ningún subalterno tiene derecho a arrogarse una decisión ni discutir una orden; le reitero, vaya a ver al general y vuelva aquí con lo que él ordene.

Jurisdicción de Manzanillo, febrero de 1895

## BAIRE

Nervioso el capitán general Emilio Calleja Isasi. Las primeras noticias de la región occidental del país eran halagüeñas. Habían frustrado el intento de levantamiento separatista. Pero de Oriente las noticias no eran buenas. En varios poblados de esa región la sublevación se había consumado.

Los subordinados del general ibérico, impacientes, esperaban las órdenes. En la plaza fuertemente custodiada, una jauría de periodistas buscaba información sobre los acontecimientos, aún confusos e imprecisos.

El capitán general vuelve a leer el parte militar de lo sucedido en cada una de las localidades de Oriente.

Se acerca a sus subalternos y casi en un susurro les dice:

—Tenemos que filtrar a la prensa que en Oriente lo que ha sucedido es una revuelta de autonomistas en Baire. Confundir a los criollos será nuestra primera victoria.

La Habana, febrero de 1895

## DOBLE MORAL

El viejo mambí rugía como un león. No era posible la presencia en el campamento de Juan E. Spotorno. Su nieto se acerca y le pregunta:

—¿Mi abuelo, que tiene usted contra ese hombre?

El viejo en voz alta para que lo escuchen todos responde:

—Ese es un mal nacido. Ese que está ahí propició el golpe de estado contra mi presidente Céspedes. Ese canalla, cuando fue presidente de la República en Armas, firmó el decreto Spotorno que penaba con la muerte a todo el que llevara al campo insurrecto propuestas de paz con España, y el muy cobarde después fue uno de los firmantes del pacto del Zanjón.

El muchacho lo calma y le dice:

—Viejo, hay que ver por qué está aquí ahora.

El viejo desenfunda el machete y grita:

—¡Coño, viene a pedirle al general Masó que debe deponer las armas!

El joven exclama:

—Pues yo mismo lo voy a fusilar por canalla.

Bartolomé Masó, que estaba atento a todo lo que pasaba, apartó al renegado hasta las afueras del campamento y le dijo:

—Usted escuchó a mis hombres. Yo pienso igual. Pero si dispuse recibirlo voy a honrar mi palabra. Solo le digo que si usted o cualquier otro vuelve con esas pendejadas le aplicamos su famoso decreto.

La Odiosa, Oriente, 8 de marzo de 1895

## EL MANIFIESTO

De un tirón ha escrito el documento, fruto de un manantial de doctrinas que se han cocido en el bregar de la tregua fecunda. Sobre el papiro se desparraman las ideas, principios y perspectivas de la guerra necesaria. El sudor lo empapa y la emoción lo agita.

Casi corriendo entrega el borrador a Marcos del Rosario y jadeante le dice:

—Corre donde el General Gómez y entrégale esto. Dile que espero su respuesta con mucha ansiedad.

El dominicano fue hasta los muelles donde Gómez organizaba los destalles de la expedición para entregarle el documento. Lo encontró negociando con el dueño del barco.

Gómez junto a su paisano y otros veteranos cubanos de la guerra grande que se encontraban en el lugar se apartaron hasta el manglar. Leyeron varias veces el pliego. El viejo mambí le dijo a Marcos del Rosario:

—Vuelva usted y dígame al delegado que cuando vuelva lo firmamos, que ese documento no necesita cambio alguno.

Montecristi, 25 de marzo de 1895

## GOLETA HONOR

Tensos los ánimos en la Goleta Honor. Los Maceo se sentían lacerados por estar a las órdenes de Flor Crombet, con quien tenían diferencias personales. Pero por la independencia de Cuba todo sacrificio era poco. Mar embravecido en noche de tormenta. Luces apagadas. Los 23 expedicionarios buscaban afanosos luces en la costa. Oleaje intenso. Imposibilidad de usar los botes. Goleta sacrificada. Cuerpos mojados sobre la arena. Madrugada huérfana de luna.

Uno de los tripulantes preguntó a Flor qué rumbo tomarían. El bravo mambí, sacudiendo la arena de su cabeza, le responde:

—Estamos en tierra. Ahora quien manda es el general Antonio.

Duaba, 1 de abril de 1895

## EL GENERAL GUILLERMÓN MONCADA

Angustiosa noche en el campamento mambí de Joturito en Mucaral. Todos en la tropa se mantienen en vela. Rostros marcados de dolor. Silencio aterrador. Tos aguda salpicada de sangre que retumba en el valle. Fiebre perenne. Sudores que empapan el viejo catre. Los gallos anuncian el ocaso de la noche. Viene el sol desde el este; aparece sobre un aguacate florecido.

Un ayudante intenta hacerlo beber café. Ni eso puede. Abre los ojos y desperdiga la mirada por la ventana del bohío. Su mano moribunda aprieta el machete. El mismo del 68, de la guerra chiquita y del 95.

La tuberculosis adquirida en las mazmorras españolas lo destroza por dentro. Hace lo que no pudieron la bala y el sable colonialista.

Lentamente se apaga el corazón insurrecto. Su última carga a degüello. Sin lamentos. Como los grandes, como los héroes.

Sale llorando la negra descalza de paño blanco sobre la cabeza.

Formado su Estado Mayor. Relincha un caballo. Sobre una palma un tocororo.

Abrazado a una ceiba llora un coronel.

Oriente, 5 de abril de 1895

## LOS SALVÓ

La Hierba mojada por el rocío escondía nuestros cuerpos tendidos sobre la tierra. Habíamos hecho un abanico como emboscada. Calmados esperábamos a que los expedicionarios se concentraran. Teníamos que esperar el primer disparo para abrir fuego. Fuimos seleccionando nuestras víctimas con la mira del fusil. Iban llegando con viandas y frutas. Otros traían un puerco para sacrificar. El hombre al que yo seguía me parecía conocido. Solo esperaba la orden para fulminarlo. Levanté algo la cabeza. Por suerte se quitó el sombrero para limpiar el sudor de su frente. Rápidamente lo reconocí. Era nada más y nada menos que José Maceo. Mi general en la guerra chiquita. Me dije: *“Carlos Rojas Ramírez, usted no puede dejar que maten a su general”*. Apreté el gatillo disparando al aire. Los hombres corrieron en desbandadas. Se hizo imposible masacrarlos. Todos, aunque divididos, logran escapar.

La Alegría, Baracoa, 8 de abril de 1895

## TRAGEDIA

El día de la tragedia los indios de Yateras todavía estábamos en el lado equivocado. Yo fui enviado con otros a rastrear las huellas de los expedicionarios. Nos dijo alguien que en ese grupo iba el mismísimo Antonio Maceo. Del carajo fue aquello. Había llovido mucho. Era difícil seguir el rastro. Ellos eran duchos en andar en el monte. Pero después del desembarco no le habíamos dado tregua y estaban cansados y desorientados. Hasta que chocamos con ellos. Fue casi a quemarropa. Uno de ellos se arrojó por el barranco, después supe que fue José Maceo, lo dimos por muerto. Uno fue fulminado de inmediato. Otro, herido de dos balazos, y pudimos capturar a otros dos. Pero Flor Crombet, ese fue otra cosa. Oiga, qué manera de fajarse ese hombre. Nuestros disparos eran certeros. Dos balas le metieron y seguía *fajao*. Hasta que el sobrino de Roja, que tiene una puntería endiablada, lo mató.

Alto de Palmarito, Baracoa, 10 de abril de 1895

## EL GALLO

Embestidas de olas feroces. La pequeña embarcación es una cáscara de nuez a la deriva. Estoicos titanes desafían la furia de Eolo y de Tritón. Al timón una hoz, en la proa rema una tea. Ni las tempestades ni los torbellinos amilanan a los próceres. Aparece una luna roja. Desembarcan. El apóstol es el último despejando el bote. Salta. Dicha grande. Camina entre piedras. Se detiene y observa al viejo mambí. El Generalísimo se arroja, besa la tierra cubana y canta como un gallo.

Playitas de Cajobabo, 11 de abril de 1895

## DISYUNTIVA

Agustín Cebreco llevaba varios días deambulando solo por las serranías. Después de la dispersión de La Alegría no sabía nada del resto de los expedicionarios. Los alimentos escaseaban. El hambre lo tenía vencido. Buscaba y buscaba en el monte, pero no aparecía nada de comida. No se podía acercar a los caminos, estaban inundados de soldados y guerrilleros que lo buscaban. Pudo divisar algo rojo en el suelo. Eran frutos de caya-jabos. Qué mala suerte. Desde niño le habían dicho que eran venenosos. Las ansias de comer aumentaban. Debía decidir entre morir envenenado o por las balas enemigas. Decidió tostar los frutos rojos. Los engulló con la solemnidad de quien espera en el cadalso. Recostado a unas rocas esperó el efecto. Despertó varias horas después. Se escabulló hábil por la manigua. Feliz, porque estaba vivo.

Baracoa, abril de 1895

## MAYOR GENERAL

Patriota y servicial el campesino Miguel Aguirre que recibe en su rancho a la tropa mambisa comandada por Máximo Gómez. Nacido y criado en medio de aquellas montañas, con sus costumbres machistas, no quitaba los ojos de su bella guajira rodeada de tantos hombres.

En la tarde noche, jolgorio en el improvisado campamento. El Generalísimo y Paquito bajo el platanal contaban recuerdos de la guerra grande y bebían canchánchara mientras Ruenes y Guerra desafinaban con sus décimas. Se mecían las palmas por las notas del punto cubano.

La campesina frente al fogón de leña preparaba café y plátanos hervidos. Movía lentamente sus opulentas caderas al ritmo de la música.

El marido se le acerca y le dice:

—Oiga, Nin,a no se me salga del tiesto.

Ella sonriendo le responde:

—Ay, mi viejo, ¿qué tiene de malo celebrar que don Martí ya es general?

Oriente, 15 de abril de 1895

## ISABEL

La lengua suelta por el vino. Todo un parlanchín el oficial español. Astuta Inocencia Araújo Calderón realza las pamplinas del ibérico. Sin mucho esfuerzo logra que el español le revelara el plan del coronel Copello para emboscar a Martí y Gómez.

La mujer monta a caballo y cabalga durante horas hasta llegar a Vuelta Corta de Filipinas, el campamento mambí.

Al centinela que la detiene le dice:

—Búsqueme a los generales José Maceo y Periquito Pérez. Dígale que es de parte de Isabel.

Al otro día las tropas cubanas arremeten contra las fuerzas españolas que se encontraban emboscadas. Los vencen de manera aplastante.

Periquito le dice a José:

—Gracias a Isabel hemos impedido la celada a Martí y a Gómez.

José le responde:

—Esa mujer salvó la Patria.

Arroyo Hondo, Guantánamo, 25 de abril 1895

## DESAGRAVIO

Después de salir de La Mejorana no pronunció palabra. En el campamento permaneció pensativo y apartado. No probó bocado alguno de comida. Instaló su hamaca apartada del resto de los compañeros. Solo su hermano José se atrevió a importunarlo. Fue parco en la conversación y le pidió que lo dejara solo. Noche entera en vela. Enredos de la vida y los hombres. Cuando el corneta fue a tocar la diana matutina ya el general Antonio Maceo bebía un aromático café en su jícara preferida.

Con un ánimo de titán ordena a su jefe de Estado Mayor:

—Que alguien de su entera confianza salga ahora a buscar a Gómez y a Martí.

Luego se dirige a los oficiales y les dice:

—Formen, que vamos a pasar revista militar

José le pregunta:

—¿Qué vamos a hacer?

Mirándolo fijo a los ojos le responde:

—Que nadie diga que Maceo no hizo un desagravio al general en jefe y al delegado.

Hondón de Majaguabo, 6 de mayo de 1895

## LOS BISOÑOS

Después de varias horas de combate las fuerzas del regimiento Simancas, el mejor preparado de los colonialistas en Oriente, estaba prácticamente copado. Las fuerzas mambisas los tenían encerrados dentro de una herradura de fuego y machete. Su jefe, el coronel Joaquín Boch Abril, había muerto en la acción.

En lo más arduo del combate, el mayor general Antonio Maceo arengó a los insurrectos bisoños de la impedimenta. Eufóricos partieron los jóvenes, armados solo de machetes, sobre los cuadros enemigos. Fue tal su empuje y heroísmo en la pelea que Maceo emocionado le dijo a Rabí:

—La Revolución está salvada.

Jobito, Guantánamo, 13 de mayo de 1895

## LA CURANDERA

La gente andaba como loca, había muchos indecisos. Entre ellos los indios de Yateras, que en un primer momento se habían dejado engatusar por los españoles, pero ya muchos planteaban que estaban peleando en el bando equivocado. Por eso los caciques convocaron una reunión para determinar qué hacer. Después de varias discusiones decidieron pedir un consejo a sus antepasados. Para ello mandaron a buscar a la comadrona, que era una mujer blanca, casada con un hermano de unos de los caciques. Ella tenía fama de hablar con los cemíes ancestrales y antiguos caciques.

La noche se iluminó con la luz de una fogata. La ceremonia inició con cantos ancestrales. La mujer, al centro, evocó los dioses taínos y los antepasados. Su cuerpo fue sacudido por fuerzas celestiales. De su garganta brotaron las palabras de un antiguo cacique de la región.

—Escuchen, el gran reloj del universo está señalando que la hora de la independencia nacional cubana está al alcance de la mano. A solo unas pocas leguas de aquí acampa uno de los más famosos generales de la guerra de liberación, el gran Antonio Maceo. Yo estoy con él, y ya que ustedes están conmigo, les pido que,

fortalecidos por la memoria de las persecuciones sufridas por nuestra raza victimizada, en vez de continuar la guerra contra él, unan sus fuerzas, bravos y decididos, para luchar por la redención de Cuba, el país de ustedes, porque la hora está cerca y es necesario que Cuba sea libre.

Exhausta se desplomó.

Los indígenas se adentraron en la espesura de la montaña para deliberar.

Los caciques regresaron al amanecer.

—Señora, puede avisar al general Maceo que los Rojas y los Ramírez nos incorporamos al Ejército Libertador.

Valle de San Andrés, Yateras, 13 de mayo de 1895

## ROJITAS

Alegría en el campamento mambí. Habían llegado los indios de Yateras para incorporarse a la lucha. Los que hasta hace unas horas eran guerrilleros subordinados a los colonialistas, habían rectificado su actitud pasando al bando de sus hermanos. Maceo confiere grado de capitán a los caciques y los deja al frente de sus hombres. Eran personas adiestradas en vivir en los montes y excelentes rastreadores. Soldados disciplinados y hábiles en la pelea.

Un ayudante se acerca a Maceo y le dice:

—Mi general, hay un muchacho de los indios que le dicen Rojita, que lo quiere ver.

—Que venga —responde el general.

Era un joven de unos diecisiete años. Al llegar se arrodilla llorando frente al general.

Maceo enérgico le ordena:

—Se me pone de pie y me explica qué sucede con usted.

El jovencito se empina. Con las manos seca las lágrimas de sus ojos. Con la respiración agitada responde:

—Mire, mi general, hay quienes no me quieren en la tropa.

—¿Cuál es la causa?

—Usted sabe que nosotros como parte de la guerrilla nos enfrentamos a los expedicionarios en Palmarito donde murió el general Flor Crombet. Yo fui quien lo abatió. Por eso me acusan de asesino.

Maceo, mirándolo fijo a los ojos y con una acentuación paternal, le dijo:

—Usted no tiene ninguna culpa. Ustedes los indios de Yateras rectificaron y están aquí luchando por una Cuba libre. Por otra parte, estabas en un combate. Me duele la muerte de Flor, pero me queda claro que tú no lo asesinaste.

Yateras, 15 de mayo de 1896

## CONFESIÓN

Cabizbajo entró a la iglesia. Fue directo al confesionario. El cura amablemente lo escuchó. El hombre casi susurrando se confesó:

—Yo soy Antonio Oliva. Por mis conocimientos de la zona los españoles iban muchas veces a Palma Soriano a solicitarme que los ayudara. Por eso fue un enviado de Jiménez Sandoval a buscarme para que le sirviera de práctico. Había información de que la gente de Gómez, Masó y Quintín andaban por la zona. Nos pusimos de suerte. Agarramos un mensajero de Gómez que habló más que una cotorra. Yo ayudé a organizar las posiciones. Me disponía a almorzar cuando empezaron los tiros. Me parapeté bien en la maleza. La cosa se puso fea. Por uno de los lados, más bien pegados al río, se acercaron dos jinetes. Esperamos a que se aproximaran bien y les disparamos. Los dos cayeron. No sabíamos si estaban muertos o heridos. Luego uno de ellos se escapó hacia donde estaban sus fuerzas. Me acerqué con cuidado para verificar al que quedaba tendido. Estaba mal herido. Trató de incorporarse y le metí un tiro en el pecho. Después el coronel me dijo que el difunto era Martí, el presidente de los insurrectos.

Dos Ríos, 19 de mayo de 1895

## IMPOTENCIA

Al finalizar la batalla se reúne el Estado Mayor de las fuerzas insurrectas en Oriente. Quintín Banderas, con su rostro salpicado por la sangre de los enemigos abatidos con su machete, se acerca a Maceo y le dice:

—Mi general, se han contabilizado entre muertos y heridos mil quinientas bajas españolas. Esperamos que usted nos diga qué hacemos con los lesionados.

—Envíen un emisario a Bayamo y le dicen a Martínez Campos que pueden venir a recogerlos y que no se preocupen, que no serán hostigados por nuestras fuerzas.

Saturnino Lora le comenta:

—Usted debe saber que el general Fidel de Santocildes es uno de los muertos.

Maceo con rabia comenta:

—Siento impotencia. Pude ver cómo el capitán general se nos escapaba entre las manos. De haber estado José aquí, seguro lo hubiéramos cogido.

Peralejo, Bayamo 13 de julio de 1895

## MURALLA HUMANA

Feliz el gobernador de la Isla. Sus dos espías habían engañado al general Antonio Maceo. Conocía al detalle las posiciones de la emboscada mambisa. Eso les permitió sorprenderlos y atacarlos por la retaguardia. El golpe inicial de los españoles cumple con sus objetivos. Las primeras acciones le favorecen. Maceo con destreza organiza las fuerzas y pasa a la ofensiva.

La infantería y la caballería insurrecta atacan con fiereza y precisión las posiciones enemigas. Logran con sus movimientos envolver las fuerzas peninsulares que sufren cuantiosas bajas.

El sol amenaza con perderse por el oeste. Tras siete horas de combate, Arsenio Martínez Campos trata de romper el cerco. Su hijo Ramón comprende que la derrota es inminente y que su padre corre riesgo de perecer o caer en manos cubanas. En una acción desesperada abre una manta sobre el suelo y en ella acuestan al que un día fue conocido como el Pacificador de Cuba. Forman una muralla de soldados que protege el cuerpo del general y lo arrastran lejos de balas y machetes insurrectos. La noche vence al día. Protegidas por la oscuridad, las tropas españolas entran a Bayamo.

El teniente coronel Baquero lo alcanza en la plaza y le dice:

—General, a pesar de lamentar más de mil quinientas bajas y entre ellas el general Santocildes, le puedo informar que logramos salvar la mayor parte del convoy.

Sin detener la mancha el experimentado general le dijo a su hijo:

—Hijo mío, te puedo asegurar que para ganar esta guerra hay que exterminar a todos los criollos, y eso que lo haga otro.

Peralejo, Bayamo 13 de julio de 1895

## PROMESA

Noche oscura. Huérfana de brisa. Enjambres de jevenes cubrían la costa. Lengüeta de roca y mangle. Apresurados y con orden los expedicionarios descargan el preciado cargamento.

Rolof se mueve constantemente organizando las fuerzas. Serafín, celoso y meticoloso, revisa las cajas y bultos para evitar que se mojen o se pierdan en la oscuridad. Collazo y Mayía cubren los flancos para evitar sorpresas del enemigo.

Feliz la tropa se adentra en la manigua. Corazones hinchados de dicha. Fermín Valdez Domínguez se acerca a Serafín Sánchez y le dice:

—General, usted ha cumplido la palabra empeñada con Martí.

Serafín le responde:

—Parte de la promesa, Fermín. Cuando Cuba sea libre, es que yo habré cumplido con Martí.

Punta Caney, Sancti Spíritus 24 de julio de 1895

## SORPRESA FATAL

Atónito el oficial Canellas. Habían ido a sorprender al general José Maceo, que se encontraba convaleciente en su campamento y con pocos hombres. Pero los había recibido con una emboscada. Por un lateral la arremetida de Periquito Pérez y por la retaguardia los diezmaba Antonio Maceo. El fuego mambí los envolvía. Casi a quemarropa los insurrectos aniquilaban con fiereza a los guerrilleros al servicio del enemigo. Retirada desordenada hacia el monte. Más de doscientas bajas. Explosión de una bomba con efectos desmoralizadores para lo ibéricos.

Garrido, cubano traidor jefe de la guerrilla, le dice:

—Canellas, yo creo que es imposible eliminar a José Maceo.

El oficial responde:

—Si no nos retiramos a tiempo, los Maceo nos van a eliminar a nosotros.

Sao del Indio, Guantánamo, 31 de agosto de 1895

## LA PRENSA

Adolorido el joven oficial recién llegado como refuerzo a la isla. Su cuerpo tenía varias lesiones. Iba en la vanguardia cuando la bomba mambisa, oculta en el camino, explotó. Volaron por los aires. La mayoría pereció. El médico con destreza cura sus heridas.

El galeno lavando sus manos le dice:

—Joven, dicha la de usted que ha sobrevivido a una explosión de tal magnitud. De todos modos, estamos felices por la gran victoria de nuestras armas contra los Maceo.

El joven con cara de asombro pregunta:

—¿Quién le dijo que salimos victoriosos?

—Pues en la prensa están las declaraciones de Canellas.

El oficial responde:

—Doctor, sepa usted que donde único estamos ganando la guerra es en los periódicos.

Sao del Indio, Guantánamo, 31 de agosto de 1895

## DEBATES

En aquellos potreros aún resonaba el clarín de las históricas cargas de la caballería durante la guerra grande. Chozas de guano y madera acogían a los patriotas. Reunidos los delegados iniciaron los debates. El marqués de Santa Lucía, por sus méritos bien ganados, los presidía.

Hombres del 68 y la nueva oleada de bizarros tenían sobre sus hombros el destino de la lucha. Los errores que empujaron la revolución hacia el barranco del Zanjón eran fantasmas que no podían regresar al campo insurrecto.

Cisneros Betancourt quería repetir la fórmula de Guáimaro. Los orientales defendían las ideas de Maceo, querían un poder centralizado en los militares. La discusión era tensa. Se dividieron en dos bandos. Llegó el momento en que no hubo avances. Nadie cedía en sus posiciones. Loynaz del Castillo propuso consultar a Gómez, que acampaba en las cercanías dando protección a los reunidos. Todos de acuerdo. Fueron donde el viejo y le contaron. El generalísimo humilde y enérgico les dijo:

—Tiene que haber un poder civil y uno militar independiente. De otra manera, sería una dictadura.

Los enviados regresaron y transmitieron la opinión del Gómez.

Al final acordaron un consejo de gobierno con poderes legislativos y ejecutivos.

Jimaguayú, Camagüey, 16 de septiembre de 1895

## LA QUE QUERÍA MARTÍ

Feliz estaba Fermín Valdés Domínguez con el consenso logrado y el texto constitucional. En medio de su euforia se acerca a Gómez y le dice:

—General, hemos logrado una constitución superior a la de Guáimaro.

Gómez lo baña con la mirada de sus pequeños ojos y le dice:

—Es verdad que es mejor que la de Guáimaro, pero no es la constitución que quería Martí.

Jimaguayú, Camagüey, 16 de septiembre de 1895

## QUINCE MINUTOS

Caras huidizas la de los quintos de las dos compañías que conformaban la columna al mando del teniente coronel Rich. Sabían que iban al encuentro de las tropas invasoras del Ejército Libertador. La columna se detiene para interrogar al campesino que desde su rancho los ve pasar. De pronto un disparo, viene desde la curva del callejón. Los peninsulares se despliegan en cuadros defensivos. Caballería insurrecta a la carga. Fuego cerrado de los peninsulares. Maceo y sus hombres arremeten. Alambradas que los detienen. Regimiento de Céspedes que derriba la cerca. Avalancha de machetes. En ese mismo instante un huracán humano con Gómez y Serafín entran por el otro lado. Desconcertados los españoles ante el empuje que rompe su formación y los dispersa. Brazos endemoniados reparten machetazos. Soldados en desvendada. Fusiles y cartucheras abandonados. Unos se postran contra el suelo para evitar la muerte; otros se escoden en los cañaverales y en el cercano palmar. Un comandante desaparece por la llanura montado en su caballo. En el campo de batalla las bajas enemigas superan los doscientos elementos.

Desde el primer disparo solo han pasado quince minutos

Mal Tiempo, Cruces, Cienfuegos, 23 de diciembre de 1895

## LAS MISIONES

En las ruinas del antiguo ingenio azucarero acampaban las fuerzas insurrectas. Informes de inteligencia comunicaban la inminente llegada de tropas españolas por ferrocarril. El Estado Mayor mambí adopta las medidas organizativas para repeler el inevitable encuentro. En medio del ajeteo fue efectuado un juicio sumario al combatiente que había violado a una campesina de la zona. Fue condenado a muerte por fusilamiento.

Casi al despuntar el alba llegó el tren cargado de españoles. Los peninsulares partieron en ordenada formación, sin saberlo, rumbo al campamento cubano. Chocaron con la vanguardia mambisa. Ambas fuerzas se desplegaron para enfrentar el combate. En medio de las balas, Maceo le pregunta a Gómez si se pospone la ejecución del reo.

Gómez le responde:

—Las misiones de hoy son ejecutar al violador y vencer a los españoles.

Calimete, Matanzas, 29 de diciembre de 1895

## A PIE

Una brisa invernal abrazaba la tarde del pueblo. El calor humano de sus habitantes llenos de júbilo por la entrada triunfante de las fuerzas mambisas capitaneadas por Antonio Maceo creaban un clima de alegría propicio.

En el ayuntamiento reunidas las autoridades militares y civiles de la población. Respeto piadoso a los vencidos. Se respira solemnidad. Firmada el acta capitular. Consignaba que la invasión había llegado hasta el occidente de la isla. El cura hace sonar las campanas de la iglesia. Fiesta de pueblo. Cena en honor a los recién llegados.

Maceo baila con la bella Nieve Cata varias piezas. Luego se va a pernoctar a la casa de la mulata Idelfonso Izquierdo.

El alcalde se acerca al general Quintín Banderas y le dice:

—Es increíble que ustedes en solo noventa días han realizado el trayecto desde Oriente hasta aquí.

Quintín, sin mirarlo, le responde:

—Pregúntele a mi infantería, que hicieron el trayecto a pie.

Mantua, Pinar del Río, 23 de enero de 1896

## IMPROCEDENTE

Tranquilo en su hamaca el brigadier Mayía Rodríguez. Hacía varios días había recibido la notificación de que el gobierno lo había nombrado jefe del Departamento Oriental. Pero el mayor general José Maceo se negó a entregar el mando sin una orden del general en jefe.

Su ayudante le pregunta:

—¿Qué hacemos ahora?

Mayía, sin inmutarse, le responde:

—Renunciar.

—Pero, mi general, usted ha recibido una indicación del gobierno.

Mirando fijo a los ojos de su ayudante le dice:

—José Maceo tiene toda la razón. La orden del gobierno es improcedente.

Camagüey, abril de 1896

## CUESTIÓN DE FECHA

Madame Lombar recibe en su finca las hues-tes insurrectas. Aún retumban en la lejanía las descargas de fusilería. Sobre una hamaca el mayor general José Maceo. Cráneo perforado por una bala enemiga. Llegan varios oficiales para acompañar al líder en su desigual batalla entre la vida y la muerte. La noticia del triunfo de las armas mambisas en Loma del Gato no alegran el corazón de los cubanos.

A las cuatro y veinte de la tarde sale al portal de la casa el médico Porfilio Valiente del Monte. Su rostro lo dice todo.

—Hermanos, se nos fue.

Aquellos bizarros que acababan de vencer al enemigo en feroz pelea se desploman.

El teniente Salvador Durruty abraza al capitán José Palacio y exclama:

—Es verdad lo que decía mi general José: ¡La muerte es cuestión de fecha!

La Soledad, Ti Arriba, 5 de julio de 1896

## EL LLANTO DE LOS HOMBRES

Noche fría. Una luna luminosa se expande por los valles del río Zaza. Bajo su luz una columna de dolor se escurre por los caminos. Rostros marcados por el sollozo. Gladiadores que derraman sus lágrimas sobre las monturas de sus caballos.

Frente al bohío, una familia campesina observa desolada el cortejo fúnebre. La niña con su voz ingenua pregunta:

—Mamita, ¿por qué lloran los hombres?

La madre, arropada por los gemidos, le responde:

—Ay, mi tesoro, ¡nos han matado a Serafín Sánchez!

Paso de las Damas, Sancti Spíritus,  
18 de noviembre de 1896

## AGUARDIENTE

Después del combate, el general José Miró Argenter, jefe del Estado Mayor, se acerca a Maceo y le informa:

—General, las bajas enemigas entre muertos y heridos fueron más de quinientas. Hemos recogido 98 fusiles y 14 000 cartuchos. También nos apoderamos de varias acémilas cargadas con garrafrones de aguardiente. Hay unos cuantos prisioneros, algunos de ellos heridos, los cuales estamos curando. Por nuestra parte, entre muertos y heridos son más de doscientos. Debo decirle que los muy cobardes en su huida atacaron nuestra impedimenta. Mataron mujeres, niños y ancianos.

Maceo, indignado por el comportamiento inhumano del mando peninsular con la impedimenta, ordena:

—Nadie puede tocar a ningún prisionero. Usted se encarga de que vuelvan sanos y salvos a Pinar del Río.

Cuando el oficial partía a cumplir las indicaciones, el Titán de Bronce en voz alta, para que todos lo escucharan, le dijo:

—Me botan todos los garrafrones de aguardiente.

Ceja del Negro, Pinar del Río, 4 de octubre 1896

## EXHAUSTO

Madrugada silenciosa. Huérfana de estrellas. Se acerca el navío a las costas cubanas. Ágiles y prestos los expedicionarios descargan la valiosa carga. El coronel Joaquín Castillo Duany, al frente de la travesía, entrega el mando en tierra al boricua Juan Rius Rivera. Feliz Panchito Gómez Toro por pisar suelo patrio.

Marcha forzada por las veredas alejadas de los caminos por donde acecha el enemigo. El cargamento es pesado. Por suerte llegan los hombres de Maceo para ayudar en su traslado. Sobre carretas, caballos y hombros lo trasladan a un lugar seguro. Tienen orden de cuidarlo a toda costa. Marcha larga por los vericuetos del monte. La fatiga los castiga. No ceden los gladiadores de la patria. Los que llevan las cajas de balas sobre sus espaldas son los que más sufren. Nadie se queja. No hay rendición posible. Llegan exhaustos al campamento mambí. Uno de aquellos guajiros deja caer suavemente la caja sobre la hierba. Sangra por el costillar. Ya no respira. Se desploma muerto de fatiga.

Pinar del Río, 18 de septiembre de 1896

## SUEÑOS

Las calenturas llevan varios días acompañando mis noches. Las heridas de mi cuerpo me duelen. Fue una noche de pesadillas. Mis hermanos muertos se agrupan alrededor de mi hamaca. José me pide un descanso. Mi adorable madre acaricia mi cabeza y besa mi frente. El viejo, sangrando, me mira recto. Despierto bañado en sudor. Zartucha, el médico, seca mi frente. Con voz de consuelo me dice:

—Tranquilo, mi general Maceo. Pronto estará bien.

Me quedo pensativo, recordando cada detalle de los sueños. Me incorporo y le digo:

—Tengo el presentimiento de que me van a matar.

La Merced, Mariel, 6 de diciembre de 1896

## LAS BALAS NO TIENEN NOMBRE

Fue algo terrible para nosotros. El combate, a pesar de la sorpresa, ya estaba a nuestro favor. Maceo había pasado el enojo inicial. Las fuerzas habaneras se batían con entereza. El general los iba a atacar por un flanco, para aniquilarlos. Por desgracia la maldita cerca de alambres. La victoria era cuestión de tiempo.

*¡Esto va bien!*, fue lo último que dijo mi general Maceo en vida. La bala en el rostro fue fulminante. Luego cuando lo trataban de acomodar en el caballo otro disparo lo alcanzó.

No se puede culpar a nadie de ese desastre. En la guerra las balas no tienen nombre.

San Pedro de Punta Brava, La Habana,  
7 de diciembre de 1896

## LA DESERCIÓN

La muerte de Antonio Maceo envolvía el ambiente. Los más allegados aún vertían lágrimas por su adorado jefe. Las miserias humanas comenzaban a brotar. Se buscaban culpables. En voz baja se hacían conjeturas de los posibles responsables. El doctor Zertucha era la figura más enjuiciada sobre los sucesos.

El cocinero había hecho público su decisión de prohibirle comer de su cocina. Miró le dio la razón al cocinero. En medio de aquella disputa, el general Pedro Díaz lo trata con una actitud intempestiva.

El médico sabe que es el chivo expiatorio del desastre de Punta Brava.

En sigilo abandona el campamento y se acoge al indulto de los españoles.

Loma del Hambre, La Habana,  
9 de diciembre de 1896

## GENERAL EN JEFE

La euforia embargaba a las fuerzas cubanas. La patria tenía una nueva constitución y un nuevo consejo de gobierno. Aguardiente y canchánchara para celebrar. Décimas improvisadas retumbaban en el potrero. Mesa con frutas, café y queso.

Salvador Cisneros le dice al recién electo presidente:

—Las facultades dadas al secretario de la guerra permiten ponerle freno a Máximo Gómez.

Masó le responde:

—La autoridad y prestigio de Gómez como general en jefe no tienen discusión.

La Yaya, Camagüey, 30 de octubre de 1897

## AGENTE SECRETA

Temprano en la mañana recorría el general Emilio March, jefe militar de la plaza, el sistema de defensa de la ciudad. Fortines, fuertes, fosos y alambradas constituían una barrera prácticamente infranqueable, que unida a un fuerte contingente de soldados, hacían de la villa el lugar mejor protegido en el oriente cubano.

En la salida hacia Bayamo las postas controlaban a todos los que entraban y salían de la población. El general decidió chequear el flujo de personas. Rápidamente divisó un carruaje que le era conocido. Acercó su caballo a la carroza. Al ver quién la ocupaba, preguntó:

—Hija mía, ¿qué hace usted aquí?

La muchacha sonriente le respondió:

—Padre, voy camino a casa de una pariente de mi madre que se encuentra con calenturas y le llevo unos medicamentos.

El oficial se dirige a los centinelas y les grita:

—Imbéciles, no hagan esperar a mi hija.

Los soldados apresurados abren paso en la fila y dejan pasar el coche.

Un rato después, en medio de la manigua, María Machado, la hija del general, entregaba a las fuerzas mambisas los planos y los croquis de la plaza.

Las Tunas, agosto de 1897

## MURIÓ CORONEL

Poco antes de iniciar el asalto a la ciudad de Las Tunas, el mayor general Calixto García despachó el correo mambí.

El veterano de las tres guerras había preparado el asalto al detalle. Su agente en el interior de la población le había proporcionado una detallada información. Ubicó con mucha precisión la artillería. Lanzó sobre la ciudad un ataque arrollador. Los peninsulares resistían y se defendían con bravura.

Su jefe de Estado Mayor le dice que para doblegar la resistencia española hay que tomar el fuerte Aragón.

Sin pensarlo, el lugarteniente general ordena: —Envíen al coronel Ángel de la Guardia a tomar ese fuerte.

El coronel, al frente de sus hombres y con un arrojo desmedido, arremete contra el enemigo y hacen rendir el fuerte.

La batalla es sangrienta y sin descanso. Los sitiados son fuertes en varios puntos de la plaza.

El general analiza la situación. Ordena a Ángel de la Guardia tomar la Casa del Telégrafo y luego el Fuerte del mismo nombre. Confianza absoluta en el joven de solo 20 años.

El natural de Jiguaní, a pesar de dos días de combate, se lanza a la conquista de las instalaciones encomendadas. Un bólido de metralla y machete se apodera de la Casa del Telégrafo. Sin tiempo para saciar la sed se abalanzan sobre el fuerte. Una descarga de proyectiles alcanza al lozano coronel. Desde el suelo y desangrado continúa arengando a sus hombres. Bajo fuego enemigo sus hermanos de lucha lo arrastran y en una improvisada camilla lo llevan al hospital insurrecto. Al otro día fallece.

Flores silvestre sobre el cadáver del mancebo héroe. José Martí Zayas Bazán, el Ismaelillo, llora al único testigo de la muerte de su padre.

El general Calixto, consternado, dice a sus hombres:

—En el último correo que envié iba la propuesta para ascenderlo a general de Brigada y ¡caramba!, se me murió coronel el muchacho.

Las Tunas, 30 de agosto de 1897

## EL FALSO HÉROE

El teniente Rowan, ducho en inteligencia militar, autor de un libro sobre Cuba y que hablaba bien el español, recibió del secretario de Guerra de los EE.UU. instrucciones de llevar un mensaje al general Calixto García en el oriente de Cuba. Lo envió a Nueva York a ver a Estrada Palma. Este le dio a Rowan instrucciones y recomendaciones para que recibiera ayuda de la junta cubana en Jamaica.

En Jamaica, al comandante mambí Gervasio Sabio le fue encomendada la misión de llevar a Rowan a la presencia de Calixto García. Sabio y Rowan salieron hacia Cuba y desembarcaron sin ningún problema en la Ensenada de Mora, al pie de la Sierra Maestra. Allí los esperaba un escuadrón de caballería comandado por el teniente Eugenio Fernández Barrot, de las fuerzas cubanas de Manzanillo que operaban comandadas por el general Salvador Ríos. El teniente Fernández Barrot llevó a Sabio y Rowan, sin ningún tropiezo, hasta Bayamo, donde fueron recibidos por el coronel Cosme de la Torre, quien los condujo a la presencia de Calixto García.

Después el gringo, sin peligro alguno, regresó a EE.UU sano y salvo.

Luego un periódico se encargó de convertirlo en un héroe.

Oriente de Cuba, 1 de mayo de 1898

## EL GRAN TRAIADOR

Varios días reunidos en el Céspedes Hall en espera de la orden de partida hacia Cuba tenían impacientes a los expedicionarios del Vapor Florida de la Armada de los EE.UU.

Por fin el contingente expedicionario, integrado por 400 cubanos aproximadamente, y una sección especial del ejército norteamericano salen del puerto de Tampa.

Durante el abordaje, un alto funcionario del gobierno norteamericano se reúne con el capitán Aureling Todd y el teniente Wiclyffe B. Grafton, y en voz baja les dice:

—Llevan tres generales cubanos al mando de sus tropas. Cuando desembarquen pueden pasar muchas cosas, pero es vital que ustedes protejan y preserven la vida de ellos.

Pregunta el capitán:

—¿Algo en especial con esos oficiales?

El enviado del gobierno responde:

—Uno de ellos es nuestro hombre en Cuba.

Tampa, 21 de mayo de 1898

## DESEMBARCO

El sofocante calor nos abrumaba. Durante toda la mañana la artillería de nuestros buques había hostigado las posiciones españolas. Escuché a uno de los prácticos cubanos que teníamos a bordo preguntar a McCalla:

—Capitán, ¿no vamos a coordinar con las fuerzas insurrectas de la región?

Este le contesta:

—No hace falta.

En la tarde desembarcamos utilizando el buque de transporte Panther. Rápidamente establecimos una cabeza de playa. Durante el resto del día las acciones españolas fueron mínimas. Estábamos tranquilos y confiados. Todo había sido más fácil de lo que habíamos pensado.

Durante la noche las guerrillas españolas nos comienzan a acorralar. Era constante su accionar. En la oscuridad no sabíamos de dónde salían. No pudimos dormir. Las balas y la plaga nos asediaban. Amanecemos bajo el fuego peninsular. Nuestras posiciones defensivas eran muy malas. Ya en la tarde se hacía insostenible defender aquel lugar. Comenzamos a organizar un posible reembarque. Era inminente nuestra derrota. Escucho el sonido de una corneta y veo una caballería impetuosa por los arenales. Son

fuerzas mambisas al mando del coronel Enrique Thomas que vienen a auxiliarnos. Con maestría combaten. El enemigo les teme. Son desalojadas las fuerzas ibéricas de sus posiciones. El miedo que me arropaba vuela hacia el mar. Vuelvo a respirar tranquilo.

Mientras tanto, el capitán de fragata Browman Hendry McCalla, con su rostro hinchado por las picaduras de los mosquitos y una amplia sonrisa, abraza al coronel cubano.

Playas del Este, Guantánamo, 12 de junio de 1898

## ACRIBILLADOS

En su intento por tomar las posiciones españolas, el Regimiento de Voluntarios de Nueva York es acribillado por la metralla. Los muertos y heridos cubren el descampado. El pánico se adueña de los nortños. En desbandada se retiran hacia el bosque. Otros se tiran al suelo y se niegan a avanzar. Desobedecidas las voces de mando de los oficiales.

El coronel mambí Carlos González Clavel aprecia la situación. Flanquea al desorganizado regimiento yanqui. Con sus fuerzas arremete contra los peninsulares, restableciendo la línea de fuego.

Los gringos vuelven al combate.

Loma San Juan, Santiago de Cuba,  
1 de julio de 1898

## FUSIL CONTRA FUSIL

Noche de lluvia en el campamento de las fuerzas expedicionarias de los EE.UU. La fiebre y la plaga de mosquitos se adueñan de las carpas donde pernoctan. Cubiertos por capas de agua los centinelas. Uno de ellos le dice a su compañero de guardia:

—El final de esta guerra no lo sabe nadie. Pero te puedo asegurar que independientemente de su resultado, el Mauser se la ganó al Springfield.

Santiago de Cuba, junio de 1898

## RACISMO

Desde el día anterior cubanos y norteamericanos compartían el campamento junto a la costa. En la mañana, al capitán le llama la atención que uno de sus oficiales no había desayunado.

—¿Usted no piensa desayunar, teniente?

—Mi capitán, estoy esperando a que terminen los cubanos; yo no puedo comer en la misma mesa que un negro.

Aserradero, Santiago de Cuba, junio de 1898

## LA ARMADA

Tensos los rostros de oficiales y marineros. El almirante Cervera no entendía la orden dada. Había escrito a Blanco dando argumentos de la mejor manera de usar a sus hombres y armas en la defensa de la ciudad. Le habían indicado salir a enfrentar la armada de los EE.UU. y eso haría.

Antes de embarcar envió un sobre sellado al arzobispo de la localidad.

Su hijo Ángel le pregunta:

—Papá, ¿son muy importantes esos papeles?

El Almirante responde:

—Esos documentos dejan claro quiénes enviaron nuestra armada al suicidio.

Santiago de Cuba, 3 de julio de 1898



# ÍNDICE

Pórtico al lector / 7
Conversión de Tirsan / 11
La Demajagua / 13
El primer mártir / 14
Sin ambiciones / 16
Fogatas / 17
Milicianos de color / 18
Capitulación / 20
Camagüeyanos / 21
¡Al machete! / 22
El que faltaba / 23
Perros asustados / 24
Primer conato / 26
La bandera / 27
Constitución / 28
Fusilados / 29
La estrofa inmortal / 30
Puerco cubano / 31
Vivió para contarlo / 33
La furia / 35
Yaya / 37
Jimaguayú / 38
Renegados / 39
Digno rival / 40
Camagüeyanos y orientales unidos / 43
La emboscada / 45
Un desastre / 46
La estirpe / 48

Sedición / 49  
Conducta / 51  
Miserias humanas / 52  
Los 10 dólares / 53  
El inglesito / 54  
El millonario / 55  
La otra sedición / 56  
Autoridad / 57  
Titán / 58  
Sin miedo / 59  
El duelo / 60  
Cuatros gatos / 61  
Rendición / 63  
Mangos de Baraguá / 64  
El loco / 65  
Continuidad / 66  
Los Pérez / 67  
La retirada / 68  
Dignidad en el paredón / 69  
Fracaso / 70  
Envenenados / 71  
El asesino / 72  
El alma de Cuba / 73  
Disciplina / 74  
Baire / 75  
Doble moral / 76  
El manifiesto / 78  
Goleta Honor / 79  
El general Guillermón Moncada / 80  
Los salvó / 81  
Tragedia / 82  
El gallo / 83  
Disyuntiva / 84  
Mayor general / 85

Isabel / 86  
Desagravio / 87  
Los bisoños / 88  
La curandera / 89  
Rojitas / 91  
Confesión / 93  
Impotencia / 94  
Muralla humana / 95  
Promesa / 97  
Sorpresa fatal / 98  
La prensa / 99  
Debates / 100  
La que quería Martí / 102  
Quince minutos / 103  
Las misiones / 104  
A pie / 105  
Improcedente / 106  
Cuestión de fecha / 107  
El llanto de los hombres / 108  
Aguardiente / 109  
Exhausto / 110  
Sueños / 111  
Las balas no tienen nombre / 112  
La deserción / 113  
General en jefe / 114  
Agente secreta / 115  
Murió coronel / 116  
El falso héroe / 118  
El gran traidor / 119  
Desembarco / 120  
Acribillados / 122  
Fusil contra fusil / 123  
Racismo / 124  
La armada / 125

